

LAMENTACIONES

Es evidente que Jeremías fue el autor de las Lamentaciones, que lleva su nombre. El libro no fue escrito sino después de la destrucción de Jerusalén por los caldeos. Que seamos guiados a considerar el pecado como la causa de todas nuestras calamidades, y estando en pruebas, ejerzamos sumisión, arrepentimiento, fe y oración, con la esperanza de la liberación prometida por medio de la misericordia de Dios.

CAPÍTULO I

Versículos 1—11. *El estado miserable de Jerusalén, la consecuencia justa de sus pecados.* 12—22. *Jerusalén representada como una mujer cautiva, que busca la misericordia de Dios.*

Vv. 1—11. A veces el profeta habla en primera persona; otras, quien habla es Jerusalén, como mujer angustiada, o algunos de los judíos. La descripción muestra las miserias de la nación judía. Jerusalén llegó a estar cautiva y esclava, debido a la grandeza de sus pecados; y no tuvo reposo en el sufrimiento. Si permitimos que el pecado, nuestro adversario más grande, tenga dominio en nosotros, justamente soportaremos que otros enemigos también nos dominen. —El pueblo soportó los extremos del hambre y la angustia. En esta triste condición Jerusalén reconoció su pecado y rogó al Señor que mirara su caso. Este es el único camino para aliviarnos bajo la carga; porque es la justa ira de Jehová por las transgresiones del hombre, que ha llenado la tierra de tristeza, lamentos, enfermedad y muerte.

Vv. 12—22. Jerusalén, sentada en el suelo, deprimida, llama a los que pasan para que consideren si su caso no les concierne. Sus sufrimientos externos eran grandes, pero sus sufrimientos internos eran más difíciles de soportar, por el sentido de culpa. La tristeza por el pecado debe ser pesar grande y debe afectar el alma. Aquí vemos el mal del pecado y podemos ser advertidos para huir de la ira venidera. Lo que se aprenda de los sufrimientos de Jerusalén, puede aprenderse mucho más de los sufrimientos de Cristo. ¿No nos habla Él desde la cruz a cada uno de nosotros? ¿No dice: Es nada para vosotros, todos los que pasáis? Que todas nuestras penas nos guíen a la cruz de Cristo, que nos guíen para notar su ejemplo y seguirle alegremente.

CAPÍTULO II

Lamento por la miseria de Jerusalén.

Vv. 1—9. Aquí se hace una triste representación del estado de la Iglesia de Dios, de Jacob e Israel; pero la noticia parece referirse mayormente a la mano del Señor en sus calamidades, aunque Dios

no es enemigo de su pueblo, cuando está airado con él y lo corrige. Cuando Dios retira su protección no hay puertas ni rejas que tomen su lugar. Es justo que Dios derribe con juicios a los que se rebajan a sí mismos por el pecado; y que prive del beneficio y consuelo de los días de reposo y de sus ordenanzas, a los que no los han valorado debidamente ni obedecido. ¿Qué harán con las Biblias los que no las aprovechan? Los que abusan de los profetas de Dios los pierden con justicia. —Se hace necesario, aunque doloroso, volver los pensamientos del afligido a la mano de Dios alzada contra ellos, y a sus pecados, como la fuente de sus miserias.

Vv. 10—22. Se describen causas para los lamentos. Las multitudes perecen de hambre. Hasta los pequeños murieron por mano de sus madres, y se los comieron, según la amenaza de Deuteronomio xxviii, 53. Multitudes caen a espada. Sus falsos profetas los engañaron. Sus vecinos se ríen de ellos. Gran pecado es burlarse de la desgracia de otros y añade mucha aflicción al afligido. Sus enemigos triunfaron sobre ellos. Los enemigos de la Iglesia son dados a tomar sus temores por ruina, pero se engañan a sí mismos. —Se hacen llamados a lamentar; y se busca consuelo para la cura de los lamentos. La oración es un bálsamo para cada llaga, aún la más grave; remedio para toda enfermedad, aún la más penosa. Nuestra actividad en oración es referir nuestra causa al Señor y dejarla en sus manos. Su voluntad sea hecha. Temamos a Dios, y andemos humildemente ante Él y obedezcamos, no sea que caigamos.

CAPÍTULO III

El fiel lamenta sus calamidades y tiene esperanza en las misericordias de Dios.

Vv. 1—20. El profeta relata la parte más sombría y desalentadora de su experiencia y cómo halló apoyo y alivio. En el tiempo de su prueba el Señor se había vuelto terrible con él. Fue una aflicción que era la miseria misma; porque el pecado hace de la copa de aflicción una copa amarga. La lucha entre la incredulidad y la fe a menudo es severa. Pero el creyente más débil se equivoca si piensa que su fuerza y esperanza en el Señor se acabaron.

Vv. 21—36. Habiendo expresado su angustia y tentación, el profeta muestra cómo fue levantado por encima de ellas. Malas como son las cosas se debe a la misericordia del Señor que no sean peores. Debemos observar lo que hace por nosotros y en qué está contra nosotros. Las misericordias de Dios no fallan; de esto tenemos ejemplos frescos cada mañana. Las porciones de la tierra son cosas perecederas, pero Dios es porción eterna. —Nuestro deber es, y será nuestro consuelo y satisfacción, tener esperanza y esperar en silencio la salvación del Señor. Las aflicciones obran y obrarán mucho para el bien: muchos han hallado bueno haber llevado este yugo en su juventud; ha hecho humildes y serios a muchos y los ha destetado del mundo, porque, de lo contrario, hubieran sido orgullosos e ingobernables. Si la tribulación produce paciencia, la paciencia, prueba y la prueba, esperanza; la esperanza no avergüenza. Pensamientos adecuados del mal del pecado y de nuestra propia pecaminosidad, nos convencerán que es por la misericordia de Jehová que no hemos sido consumidos. Si no podemos decir con voz que no titubee: El Señor es mi porción, ¿puede que no digamos, deseo tenerlo a Él como mi porción y salvación y en su palabra tengo esperanza? Felices seremos si aprendemos a recibir la aflicción como que viene de la mano de Dios.

Vv. 37—41. Mientras hay vida, hay esperanza; y, en lugar de quejarse de que las cosas están mal, debemos estimularnos unos a otros con la esperanza de que estarán mejor. Somos pecadores y de lo que nos quejamos es mucho menos de lo que merecen nuestros pecados. Debemos quejarnos a Dios, y no de Él. En tiempo de calamidad, somos dados a reflexionar en los caminos de otras personas y a echarles la culpa; pero nuestro deber es investigar y examinar nuestros caminos, para volvernos del mal a Dios. Nuestro corazón debe ir con nuestras oraciones. Si las impresiones internas no concuerdan con las externas, nos burlamos de Dios y nos engañamos a nosotros

mismos.

Vv. 42—54. Mientras más miraba el profeta las desolaciones, más se entristecía. —He aquí una palabra de consuelo. Mientras seguían llorando, seguían esperando; y ninguno esperaba socorro de nadie sino del Señor.

Vv. 55—66. La fe viene como vencedora, porque en estos versículos el profeta concluye con algo de consuelo. La oración es el aliento del hombre nuevo, que inhala el aire de la misericordia en las peticiones y lo exhala en alabanzas; prueba y mantiene la vida espiritual. Él silenció sus temores y aquietó sus espíritus. Tú dijiste: No temas. Este fue el lenguaje de la gracia de Dios, por el testimonio de su Espíritu en sus espíritus. ¿Y qué son todas nuestras penas comparadas con las del Redentor? Él libra a su pueblo de todo problema, y revive a su Iglesia de toda persecución. Él salvará a los creyentes con salvación eterna, mientras sus enemigos perecerán con destrucción eterna.

CAPÍTULO IV

El estado deplorable de la nación en contraste con su antigua prosperidad.

Vv. 1—12. ¡Qué cambio hay aquí! El pecado mancha la belleza de las potestades más exaltadas y de los dones más excelentes, pero el oro, probado en el fuego, que Cristo concede, nunca nos será quitado; su aspecto externo puede ser opacado, pero su valor real nunca puede ser cambiado. —Los horrores del sitio y de la destrucción de Jerusalén se describen otra vez. Contemplando las tristes consecuencias del pecado en la Iglesia de antes, consideremos seriamente lo que las mismas causas pueden acarrear justamente ahora a la Iglesia. Pero, Señor, aunque nos alejamos de ti en rebelión, aun vuelve a nosotros, y vuelve a ti nuestros corazones, para que podamos temer tu nombre. Ven a nosotros, bendícenos con despertar, conversión, renovación y gracia que confirma.

Vv. 13—20. Nada madura más para su ruina a un pueblo, ni llena más rápido su medida, que los pecados de sacerdotes y profetas. El mismo rey no puede escapar, porque la venganza divina lo persigue. Nuestro único Rey ungido es la vida de nuestras almas; podemos vivir a salvo bajo su sombra, y regocijarnos en Él en medio de nuestros enemigos, porque Él es el Dios verdadero y la vida eterna.

Vv. 21, 22. Aquí se anuncia que se pondrá fin a los trastornos de Sion. No de la plenitud del castigo merecido, sino de lo que Dios ha determinado infligir. —Se pondrá fin a los triunfos de Edom. Todos los problemas de la Iglesia y del creyente pronto se terminarán. Se acerca la condenación de sus enemigos. El Señor sacará sus pecados a la luz y ellos yacerán en pena eterna. Aquí Edom representa a todos los enemigos de la Iglesia. La corrupción y el pecado de Israel, lo cual el profeta ha demostrado que es universal, justifica los juicios del Señor. Muestra la necesidad de la gracia en Cristo Jesús, que el pecado y la corrupción de toda la humanidad hicieron tan necesaria.

CAPÍTULO V

La nación judía suplica el favor divino.

Vv. 1—16. ¿Está alguno afligido? Que ore; y que en oración derrame su queja ante Dios. El pueblo de Dios hace eso aquí; se quejan, no de los males temidos, sino de los males sentidos. Si nos

arrepentimos y tenemos paciencia por lo que sufrimos por los pecados de nuestros padres, podemos tener la expectativa de que Aquel que castiga, volverá a nosotros con misericordia. —Ellos reconocen: ¡Ay de nosotros que hemos pecado! Todos nuestros ayes se deben a nuestro pecado y a nuestra necesidad. Aunque nuestros pecados y el justo descontento de Dios causan nuestros sufrimientos, podemos tener esperanza de su misericordia que perdona, su gracia que santifica y su buena providencia. Pero los pecados de toda la vida de un hombre serán castigados con venganza al final, a menos que ponga interés en Aquel que llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero.

Vv. 17—22. El pueblo de Dios expresa profunda preocupación por las ruinas del templo, más que por cualquiera otra de sus calamidades. Pero sea lo que sea que cambie aquí en la tierra, Dios es aún el mismo y sigue siendo por siempre sabio y santo, justo y bueno; en Él no hay cambio ni sombra de variación. —Ellos oran con fervor a Dios por misericordia y gracia, Vuélvnos a ti, oh Señor. Dios nunca deja a nadie hasta que ellos lo dejan a Él primero; si los hace volver a sí mismos por el camino del deber, sin duda que Él se volverá a ellos con prontitud por un camino de misericordia. Si Dios por su gracia renueva nuestros corazones, renovará por su favor nuestros días. Los trastornos pueden hacer que nuestros corazones desfallezcan, y que se nublen nuestros ojos, pero está abierto el camino al trono de la gracia de nuestro Dios reconciliado. En todas nuestras pruebas pongamos toda nuestra confianza y fe en su misericordia; confesemos nuestros pecados y derramemos nuestros corazones ante Él. Velemos contra los afanes y el desaliento; porque seguramente sabemos que al final todo será bueno para todos los que confían en el Señor, le temen, le aman y le sirven. —¿No son los juicios del Señor en la tierra los mismos que en la época de Jeremías? Entonces, que Sion sea recordada por nosotros en nuestras oraciones y su bienestar sea buscado por encima de todo goce terrenal. Salva, Señor, salva a tu pueblo, y no des tu herencia al reproche para que el pagano no reine sobre ellos.

Henry, Matthew